

Después de haber traducido el libro, me gustaría apuntar algunos aspectos de *La fábula mística* que me parecen interesantes en relación a la escritura de Michel de Certeau en esta obra y que, al mismo tiempo, creo que pueden ayudar a entender el libro también desde otra perspectiva. Estos aspectos de los que voy a hablar se hacen particularmente intensos en la tarea de traducción, pero pienso que también pueden ser importantes para el lector que decide acercarse a este libro, que, sin duda, es difícil. Difícil no sólo por el tema que trata, sino también por el "estilo" del autor, por la complejidad de sus frases. En las primeras páginas del libro, correspondientes a la introducción, el propio Certeau nos da algunas de las claves fundamentales de esta dificultad. El primer párrafo empieza diciendo:

"Este libro se presenta en nombre de una incompetencia: está exiliado de aquello de lo que trata. La escritura que dedico a los discursos místicos de (o sobre) la presencia (de Dios) tiene como estatuto *no formar parte de ellos*. Se produce a partir de este duelo [...]" Y unas líneas más adelante: "Una carencia empuja a escribir. No cesa de escribirse en viajes por un país del que estoy alejado."

*La fábula mística* es un libro que surge por la carencia y se escribe desde esa falta, es un libro cargado de deseo. Es una exploración, una búsqueda y una persecución. Esta búsqueda tiene lugar en y por la escritura. Lo que apunta Certeau es que no le dedica a la mística un libro o un texto, sino una escritura. Y es que *La fábula mística* no sólo es el libro de un erudito que durante años se ha dedicado a un tema y recoge por escrito los resultados de su investigación. Es un libro que, en sí mismo, es pregunta, es búsqueda. La de Certeau no es una escritura que afirma o expone, es una escritura que avanza, que desea, que interroga. Es una escritura que piensa. Y al mismo tiempo es una escritura extremadamente pensada, extraordinariamente complicada (marcada por los múltiples pliegues y repliegues del pensar). Detrás de cada palabra y cada frase se siente un esfuerzo enorme: como si quien escribe se exigiera encontrar cada vez la palabra justa, como si cada vez la palabra tuviera que ser pesada antes de ser aceptada.

Es una escritura en la que se siente el trabajo, casi físico, de escarbar en el lenguaje para dar con la palabra (y con la idea). En este sentido, se podría decir que la escritura de Certeau es lo contrario de una escritura inspirada: la suya es una escritura esforzada. Y precisamente por eso, a veces la lengua parece recompensarle el trabajo y las atenciones regalándole expresiones realmente hermosas que el lector, cuando llegan, recibe también con auténtico deleite. En buena medida pues, tanto la dificultad como el

deleite surgen de un trabajo y un esfuerzo extremos de la escritura y del pensar. Porque en *La fábula mística* escritura y pensar están ligados. El modo de escribir obedece a un modo de pensar, que es también un modo de relacionarse con la lengua y con la propia escritura.

Para mí traducir este libro supuso una dificultad particular. Además de verter una lengua a otra, de intentar restituir los tonos y ritmos de un texto en otro texto, pesaba mucho la responsabilidad de respetar un particular modo de pensar (singular, como todos los modos de pensar que lo son) y, aún más, una particular manera de relacionarse con la escritura. Se trataba de traducir, no tanto el texto acabado, sino el hacerse del texto mientras se escribe; de restituir también la dificultad de pensar; de respetar las dudas y los empeños del escritor; de repetir, aunque evidentemente eso sólo es posible en parte, su esfuerzo.

Traducir a Certeau, y creo que también leerlo, es un poco como correr detrás de un amigo que a su vez persigue algo (que a veces no vemos), y como si ni siquiera pudieras seguir el ritmo del amigo que corre y al que debes acompañar. Produce a menudo la misma sensación de ahogo, incluso por momentos, de angustia.

Pero justamente de la dificultad de acompañarlo surge lo maravilloso del libro. Porque más allá de lo que aprendemos sobre la mística y los místicos (que es mucho), el libro nos regala la posibilidad de acompañar el trabajo, de asistir a un modo de trabajar que, en sí mismo, es precioso. Certeau es el amante perfecto de su tema: ilusionado, fiel, tenaz, obstinado, humilde, sincero, osado, honesto. No sólo no se rinde, sino que jamás rebaja el nivel de exigencia ni consigo mismo ni con la lengua. En *La fábula mística* el modo de escribir responde no sólo a un modo de pensar, sino también a una ética del pensar y, por lo tanto, a una ética de la escritura. Es un libro de un rigor extraordinario, de una exigencia radical por pensar cada vez de nuevo y de verdad. Desde esta perspectiva, para el lector (y por supuesto para el traductor) es una experiencia intelectual de primer orden. Porque es un libro en el que el trabajo, el modo de escribir y de pensar, responde a un modo de amar aquello que se estudia.

Laia Colell Aparicio